

Review / Reseña

Navarro Valdés, Pedro. *El compromiso internacionalista. El Ejército de Liberación Nacional. Los elenos chilenos. 1966-1971. Formación e identidad*. Santiago de Chile: LOM, 2018.

Jaime Ortega

Universidad Autónoma Metropolitana—Xochimilco

Un “inusual fenómeno político” define el historiador Pedro Valdés Navarro al Ejército de Liberación Nacional (ELN) chileno. Y es que, tras una profunda investigación que involucró tanto la revisión documental como la realización de entrevistas a ex militantes de dicha organización, se ofrece un panorama del significado político, material, cultural y simbólico de quienes entre 1966 y 1971 decidieron seguir la *senda del Che* Guevara.

Se trata de un “inusual fenómeno político” por distintas razones que sólo hacia el final del texto comienzan a ser clarificadas en toda su amplitud. Así, podemos señalar que no se trata de un grupo armado que surja de las fronteras de la izquierda tradicional, rompiendo con ella y subiendo al monte en un acto voluntarista. Tampoco se trata de jóvenes que rompan todo vínculo con la institucionalidad y emprendan acciones aventureras en el periodo previo al ascenso del gobierno de Salvador Allende. Es, sin duda, una historia distinta, confundida con la propia realidad del Chile de mediados de los años sesenta, pero determinada por la voluntad de quienes en la vecina Bolivia implantaron las experiencias del Ejército de Liberación Nacional, como un capítulo de la intentona continental de la revolución.

Lo que se trama es un “compromiso internacionalista” producto de la muy bien conocida influencia de la revolución cubana (la cual ocupa una parte sustancial del texto) y dentro de este espectro en particular con la vertiente guevarista o *cheístas* que apuntala a mediados de los años sesenta el establecimiento de las condiciones de posibilidad de la revolución continental, orientación esta de nivel programático que se construyó al calor de los debates estratégicos al interior de las distintas formas organizativas que asumieron las izquierdas. No se trata de una experiencia aislada, regional o nacional; sino de un verdadero proyecto continental.

Lo que Valdés Navarro realiza es un ejercicio de lectura de la especificidad chilena que adquirió este compromiso militante y cuya novedad radica en tres dimensiones: el tránsito de quienes experimentaron la influencia cubana de un intento primigenio de grupo armado a ser parte del proceso de la Unidad Popular; la vinculación entre las directrices cubanas y bolivianas a lo largo del periodo de instauración del foco en el segundo de estos países y; finalmente, la forma particular de este proceso que se fraguó en las profundidades del Partido Socialista y que nunca rompió con él.

Estas tres dimensiones se encuentran exploradas con detenimiento a lo largo de un texto que, aunque breve, resulta sintético. Sobre la primera, el autor nos invita a pensar una cultura política (el “elenismo”) conformada de manera diligente, que construyó sus propios referentes teóricos, su concepción estratégica de la vía de la revolución y un cierto sentido común a partir de los símbolos compartidos y heredados tras el impulso inicial de la revolución cubana y la muerte del Che. El tránsito pasa del “compromiso internacionalista” con las experiencias del foco boliviano a la fidelidad con el gobierno de Salvador Allende, donde los “elenistas” hacen parte de la escolta personal y del equipo de seguridad del presidente. Así, se expresa el cambio de coyuntura que va del privilegio de la estrategia foquista en el país andino a la consideración de Chile como el eslabón más débil de la cadena de dominación, al cual hay que proteger en su incipiente proceso revolucionario.

Sobre el segundo de los señalamientos, el historiador chileno describe los vínculos que entre los chilenos “elenistas” con las experiencias, primero de la guerrilla del Che y después con la experiencia de Teoponte. Aquí es donde se encuentra con mayor claridad la problemática del “compromiso internacionalista”, en donde los militantes identificados con el *elenismo* crean las redes y bases de apoyo para la experiencia guerrillera fuera de sus fronteras.

Finalmente, el tercer aspecto es el que convoca a pensar la forma particular de formación de este contingente militante, que escapa a cualquier trayectoria similar en la

región. Se trata de un conjunto de militantes que hacen parte del Partido Socialista, que se mantienen dentro de él en el proceso de conformación de la identidad política y de la realización de las diversas acciones de solidaridad, así mismo disputan el programa del partido y hacen parte de la trayectoria que va de la radicalización ambigua de los años sesenta al compromiso entero con la Unidad Popular y el gobierno de Salvador Allende.

Estas tres tramas son las que permiten acceder a la comprensión de una experiencia cuyo marco rebasa las historias similares. Como señalábamos arriba, no se trata de un grupo armado nacido de la izquierda tradicional, sino de un capítulo de la proyección continental emplazada por el Che, que tuvo que sortear con las modificaciones en el cuadro de la geopolítica. Dos momentos geopolíticos marcan sus transformaciones: por un lado, el ascenso al gobierno del general Juan José Torre en Bolivia, que abre una perspectiva distinta y sugiere un cambio en el papel de la revolución cubana hacia ese país y por el otro el vertiginoso ascenso de Salvador Allende tras el gobierno de Eduardo Frei, que permitió una amplia alianza.

El destino de los militantes y simpatizantes del ELN chileno será variado, aunque similar al resto de la izquierda: persecución, desaparición, destierro. Sin embargo, más que concentrarse en esta forma narrativa, el historiador nos entrega una reflexión de las constelaciones que dejó el elenismo: grupos que reivindicaron el nombre y realizaron acciones dispersas, acciones de ajusticiamiento con involucrados en la muerte del Che. La lógica internacionalista se expresó con mayor claridad a partir de la unificación de estas redes y zonas de contacto que involucraron a las más variadas posiciones de la izquierda, siendo la Junta de Coordinación Revolucionaria formada en el ocaso del ELN, la mayor expresión.

El autor busca reivindicar la fortaleza y capacidad organizativa de los militantes socialistas, al tiempo de expresar que existe una “lógica internacionalista” que rompe con los esquemas organizativos y con las coordenadas políticas tradicionales. La experiencia “elenista” es el claro ejemplo de las múltiples voces articuladas tras la revolución cubana y sus efectos no siempre calculados, a partir de las problemáticas nacionales. Una experiencia fugaz que lleva en su accionar las señas de identidad de una época: la aspiración a la unidad latinoamericana por la vía de la estrategia revolucionaria continental.